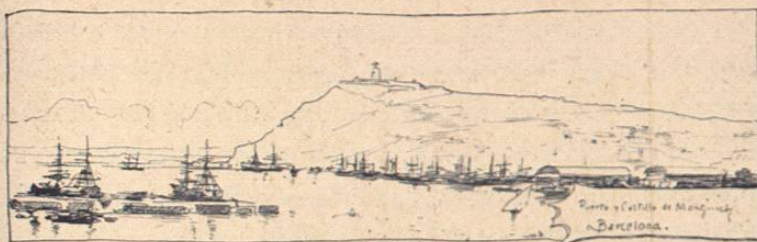


divisamos un terrible incendio que amenazaba destruir una buena parte de la ciudad. Imponente era aquel espectáculo; pero por fortuna no causó desgracias personales, según supimos por la prensa.

En Port-Bou registraron nuestros equipajes los empleados de la aduana, y no rápida sino lentamente, nos llevó la locomotora una vez más á Barcelona, que dos meses antes habíamos visitado. La vuelta á España, tierra de nuestros mayores, fué para nosotros motivo de regocijo.



CASA DE BERNADETTE.



CAPÍTULO X

LA suntuosa metrópoli de Cataluña estaba de fiesta. Acercábase el Carnaval y se preparaba á celebrarlo con toda pompa; pero sea que la nieve cayera sobre la ciudad ó más bien que las costumbres van cambiando radicalmente, lo cierto es que no hubo en esos días novedad que merezca mencionarse. Muchos paseantes y no pocos carruajes por las Ramblas y el Paseo de Gracia, y con eso terminó la fiesta, es decir, hasta el martes, pues el miércoles de ceniza, como si la humanidad buscara siempre lo vedado, aquello fué otra cosa.

Es añeja costumbre pasar el día en los alrededores, en el campo, y toda Barcelona queda desierta. Se cierran las casas de comercio y todos los principales esta-

blecimientos públicos, y la gente va á divertirse con el pretexto de ir á *enterrar la sardina*. Mas con esta diversión concluye todo el Carnaval, y no se da el escándalo en Barcelona de continuar con bailes y fiestas profanas, á lo menos de esa clase, hasta el domingo de Pasión, como en otras partes sucede.

Entregados á labores algo delicadas, pocas veces salíamos á recorrer la ciudad; pero pudimos afirmar el buen concepto que de ella nos habíamos formado, durante nuestra permanencia en ella.

En esta vez tuvimos oportunidad de pasear por el *ensanche* ó prolongación de la ciudad, dotada de hermosas avenidas y de casas que semejan verdaderos palacios, en muchos de los cuales se ha adoptado la arquitectura morisca. Nos agradó bastante un taller de pintura que, á imitación de templo griego, vimos en la calle de Bailén. Lo rodea un ameno jardín, y á los lados del pórtico ostenta las estatuas de dos renombrados artistas catalanes: Rosales y Fortuny.

Actualmente se construye en Barcelona un templo monumental; el dedicado á la Sagrada Familia, que será, cuando se termine, uno de los más grandiosos del orbe católico, por su originalidad y por las proporciones que se le están dando. La cripta, que ya está concluída, tiene siete hermosas capillas y dos elegantes escalinatas.

Conocimos además otros templos, como el privado anexo al Convento de las Salesas, que se distingue por su magnífica torre y su decorado interior, no menos que por la luz que penetra en su nave; el de la Concepción, de esbelta fachada, de una sola nave, que tiene

bajo el ábside un altar gótico de buen gusto; allí tuvimos el gusto de ver una imagen de la Virgen de Guadalupe, en una capilla especial.

En la plaza de San Jaime deben visitarse dos notables edificios públicos: la Casa Consistorial y la Diputación Provincial. El primero tiene en su pórtico las estatuas de Don Jaime I el Conquistador y de Juan Fivaller, Canciller de Barcelona. En el segundo hay sobre la puerta una bella estatua de San Jorge, patrón del principado de Cataluña; pero lo más notable de este palacio es el salón de San Jorge, cuyas bóvedas y arrogante cúpula de azulejos están sostenidas por gruesas columnas. Figuran allí, entre otros buenos cuadros, los que representan: á Prim en la batalla de Tetuán, á los voluntarios catalanes embarcándose para Cuba, y un *Spoliarium*. En ese salón tienen estatuas Viladomat, y el gran filósofo Balmes.

Además de las Ramblas, deben citarse como de inusitado movimiento mercantil, las calles de Fernando VII y de la Princesa. En suma, Barcelona es una ciudad que, por su posición topográfica, por la importancia de su puerto, por su cultura literaria, artística y comercial y por otras muchas circunstancias, merece figurar entre las más famosas de Europa.

*
* *

Con profunda pena, á fuer de cronistas verídicos, debemos registrar un deplorable suceso. Ya dijimos que en Lourdes se quedó gravemente enfermo el respetable señor don Encarnación Díaz, padre del señor

cura don Manuel Díaz Calderón. Debido á su avanzada edad y á lo grave de la dolencia que sufría era de temerse un funesto desenlace. Así fué desgraciadamente, y en Barcelona recibimos la triste noticia de que había exhalado el último aliento en brazos de los seres más amados de su corazón, el día 15 de Febrero. Cierto es que murió ausente de la patria querida; pero como una dulce compensación á tanto duelo, su alma volaba al seno de Dios en una tierra bendita, recibiendo todos los auxilios de la religión y los cuidados de sus amantes hijos.

En los momentos en que se preparaba santamente para salir de este mundo, varios sacerdotes ofrecían al Eterno el augusto Sacrificio del Altar, y el señor presbítero Díaz Calderón, su hijo, ahogando sus lágrimas y asumiendo su carácter de ministro del Altísimo, rezaba junto á su lecho de muerte los Salmos del Profeta Rey. Cuando el sacerdote, sobreponiéndose al dolor, pronunciaba las palabras del Salmo 30: «*In te, Domine speravi, non confundar in æternum, in justitia tua libera me, inclina ad me aurem tuam, accelera ut eruas me*», comenzaba su agonía, y al rezar los versículos del Salmo 90: «*Clamavit ad me et ego exaudiam eum: cum ipso sum in tribulatione: eripiam eum et glorificabo eum. Longitude dierum replebo eum, et ostendam illi salutare meum...*», se dormía con la tranquilidad del justo para despertar, así lo esperamos de la divina misericordia, en la morada de la luz sin menguante y sin ocaso.

Los funerales se verificaron con todas las ceremonias de la Iglesia; los sacerdotes y las almas piadosas elevaron sus preces al Sér Supremo, y el cuerpo del vene-

rable anciano fué colocado bajo un sencillo monumento erigido por el amor filial, en la tierra sagrada del cementerio de Lourdes, donde la Santísima Virgen María cubre con su manto de estrellas tanto á los vivos que la imploran, como á los que han muerto á la sombra del árbol de la Cruz y esperan el día de la resurrección.

En el combate de la vida fué el señor Díaz el segundo que cayó, después de la memorable peregrinación á Roma; pero sucumbió como bueno, y así esperamos que haya recibido el galardón que Dios reserva á los que le aman y le sirven con fidelidad.

*
* *

Hemos cumplido un deber: volvamos ahora á nuestra narración. Pasada la piadosa romería hemos hecho nuestro viaje por Europa en unión del señor Macías y su familia. Tanto el activo Presidente de la citada peregrinación como el autor de esta obra reciben á menudo demostraciones palpables de los buenos recuerdos que dejó en Roma. Entre otras muchas cartas que poseemos, nos parece conveniente dar á conocer la que escribió el ilustre señor Rector del Colegio Pío-Latino-Americano que á la letra dice:

«Ilmo. Sig. Timoteo Macías.—Stimatissimo Signore. —Godo moltissimo di questa occasione per rispondere alla sua gentilissima lettera iniatami da Firenze. Grazie e mille grazie del delicatissimo pensiero che ho gradito assai e mi ho confermato nel concetto che già mi ero formato della nobiltà del suo cuore. Era mio dovere usare a Lei e a tutto il pellegrinaggio quelle migliori

attenzione che potevo e credo che ho fatto tutto non per cerimonia ma per vero e cordiale sentimento, e per dare al Messico un qualche attestato di gratitudine che per questa generosa nazione nutre il Collegio Pio-Latino-Americano. La prego dei suoi piú distinte ossequi di cui conserverò siempre la piú cara memoria. Le raccomando questo Collegio e mi abbia presente nelle sue Orazioni.—Della S. V. Illma. Servo affmo. P. *Enrico Radaelli*, S. J.»

Después de la dirección de estilo, dice esa carta:

«Me complazco muchísimo en aprovechar esta ocasión para responder á su apreciable carta que me envió de Florencia. Gracias y mil gracias por su delicadísimo recuerdo que he agradecido bastante, y me he afirmado en el concepto que ya me había formado de la nobleza de su corazón. Era deber mío emplear hacia usted y toda la peregrinación aquellas atenciones que pude y creo que he hecho todo, no por ceremonia, sino por verdadero y cordial sentimiento y por dar á México algún testimonio de la gratitud que á esa generosa nación profesa el Colegio Pio-Latino-Americano. Le agradezco sus distinguidas consideraciones, de las cuales conservaré siempre el más caro recuerdo. Le recomiendo este Colegio y que me tenga presente en sus oraciones, etc.»

No sólo esta honrosa carta ha recibido el señor Macías, sino también otras muchas pruebas de lo que se le ha estimado, tanto á él como la obra que Dios le permitió llevar á cabo. Entre ellas mencionaremos el retrato del sabio doctor Lapponi, que le fué enviado con la más cariñosa dedicatoria. Como se sabe, el doc-

tor Lapponi es el médico de Su Santidad, tan humilde como inteligente en su profesión. Conoció al señor Macías, por haberlo asistido en Roma, durante su enfermedad.

Durante nuestra permanencia en Barcelona, tuvimos ocasión de conocer y estimar á muchas personas dotadas de relevantes prendas personales. Entre otras nos presentó el señor Sañudo Aufrán á la recomendable señora doña Elvira Gibert, viuda de Pi, que, devota de la santa de su nombre, ha propagado su culto por medio de publicaciones piadosas, y erigiéndole además un templo. La noble dama es de aquellas que saben hacerse apreciar desde que se tiene la fortuna de conocerlas.

Tiempo es ya de dar á conocer al católico ferviente, al incansable propagador de la verdad, al caballeroso señor don Leoncio González, jefe de la casa de Barcelona «L. González y C.^a—Editores pontificios.» Este hombre de iniciativa ha consagrado sus bienes, sus esfuerzos, su vida entera á la santa causa de la Religión. Por revelarse en ella la nobleza y energía de su carácter, y porque confirma nuestros asertos respecto del éxito obtenido por la peregrinación, nos permitimos reproducir la siguiente carta suya, al pie de la letra:

«Señor don Timoteo Macías.—Barcelona.—Madrid, 7 de Marzo de 1901.—Muy distinguido señor mío de mi mayor consideración: Deploro vivamente que el mal estado de la línea telefónica haya podido impedirnos conversar esta mañana, como era mi deseo, para agradecerle debidamente las atenciones é interés desplegados por usted en beneficio de esta casa; al par

que para decirle mi vivísima enhorabuena por el éxito que con su acto nacional mexicano, obtuvo usted á la vista de los católicos del viejo Continente. Recibo cartas de Roma y me hablan aún de la gratísima sor-



D. LEONCIO GONZÁLEZ, EDITOR PONTIFICIO.

presa y alegría profunda que en el Vaticano produjo la manifestación de catolicismo por usted capitaneada.— Entre una de las cosas buenas que tendrá el siglo xx, no cabe dudar que será la de la certidumbre que tendremos los hombres de buena fe, de salvarnos ó perdersenos, con agruparnos ó separarnos de una sola cosa:

Roma, el Papa, la Fe Católica de allí derivada, ya sin medias tintas, porque los campos se han deslindado de una manera notabilísima; y la Iglesia de Satanás, pujante, sí, pero no invencible, ni menos vaga é indeterminada, con sus terminantes declaraciones y actos positivos que reproducen el *¡Non serviam!* del primer instante, pero claro y cognoscible, nos indican cual ha de ser nuestra conducta delante de la Masonería, sintetizada en este grito: «*¡Viva el Corazón de Jesús! ¡Viva León XIII!*»—Nosotros pensamos seguir firmes en nuestro puesto: ayúdenos desde América aquellos cuyo corazón palpita por tan santa causa. ella es la que me retiene hoy aquí sin permitirme acudir, como es mi ardiente deseo, para estrechar su mano y jurarnos mutuo apoyo en las empresas por Dios.—Salude, le ruego, al señor Bianchi. Le abraza estrechamente y quiere en Cristo S. A. S. S. y hermano,—*Leoncio González y Llopis.*»

Por esta carta y por los antecedentes que teníamos de él, era para nosotros el señor González un caballero en quien veíamos personificadas la hidalguía y la verdadera piedad. Antes de salir de Barcelona tuvimos la honra de conocerlo, y quedamos convencidos de que es hombre de grandes méritos. Tiene la fe que transporta las montañas, como dice el Apóstol, y triunfará en la noble lucha. Así lo esperamos.

*
* *

Estamos á 11 de Marzo, y el vapor *Isla de Panay*, meciéndose sobre las olas nos espera. Como todos los

de la Compañía Trasatlántica es cómodo, suntuoso y elegante. Nos reunimos á bordo, en los lujosos departamentos decorados con mosaicos, los pocos que aún quedamos en Europa, después de la peregrinación, exceptuando alguno que otro y los que han permanecido en la Tierra Santa. Llevamos un joven seriamente enfermo. ¡Quiera Dios que no tengamos una pérdida más que deplorar!

*
* *
*

Hemos concluido nuestra difícil tarea. Silba el vapor y la hélice deja escuchar sus estruendosas palpitaciones. La nave se lanza á través de los mares, hacia el rumbo que le señala con su brazo inmóvil la colosal estatua de Colón. La imagen de María de las Mercedes sobre la esbelta cúpula de su templo nos envía dorados reflejos, y nosotros entonando *Ave Maris Stella* nos confiamos á sus maternales cuidados.

Visitaremos aún Málaga, Cádiz, las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Puerto Rico y la Habana. En seguida, trasbordando á otro buque, llegaremos, Dios mediante, al Golfo de México, y cuando el Citlaltépetl nos deje ver su cima cubierta de nieve, volaremos con las alas del pensamiento á la humilde colina donde mora nuestra hermosa Guadalupana, para darle gracias por habernos permitido, después de visitar al inmortal León XIII, volver con felicidad al seno de la patria.



INDICE — SUMARIO

PRIMERA PARTE

	PÁGS
INTRODUCCIÓN.....	7
CAPÍTULO PRIMERO.—Principio de la Peregrinación.—Su personal.—Solemne triduo en la Colegiata de Guadalupe.—Los Ilmos. Prelados oficiantes.—Predicaciones del Ilmo. señor Director espiritual.—Ultima Misa celebrada por el Ilmo. Metropolitano.—La Santa Comunión.—Salida de los peregrinos.—El Ferrocarril Interoceánico.—Puebla y Jalapa.—Llegada á Veracruz.—Embarque.—El vapor <i>Alfonso XII</i> .—Adiós á la patria.—Prácticas religiosas.—Misa á bordo.—Llegada á la Habana.—Visita á la ciudad.—Un viajero griego.— Otra vez en el mar.....	21
CAPÍTULO II.—Frente á la playas españolas.—El Himno Guadalupano.—Velada literaria y musical.—Templo en Roma á la Virgen de Guadalupe.—Feliz pensamiento.—La Coruña.—Su aspecto.—Barcas y bateleros.—El Ferrol.—Panorama de Santander.—Movimiento del puerto.—Monumentos artísticos.—La Catedral.—La cripta del Cristo.—La prensa de Santander.—Los RR. PP. de la Compañía de Jesús.—El Ilmo. Obispo diocesano.—Trasbordo al <i>Ciudad de Cádiz</i> .—El Delegado de la Compañía Trasatlántica.—Despedida.—El pueblo y los peregrinos.....	37
CAPÍTULO III.—Las costas de Portugal.—La ciudad de Cádiz.—Una hermana de la Caridad mexicana.—Conmovedora	